

Acerca de la experiencia poética

Actualmente es difícil definir con algún grado de acuerdo qué es la poesía. El diccionario de la lengua, si se lo lee con atención, termina resultando tautológico y poco esclarecedor.

Sí podemos decir que la poesía hoy depende de la voluntad del poeta, tanto en el orden de la definición como en el de la construcción. En este sentido, y sólo por adoptar un punto de vista, podemos decir que participa del momento actual en cuanto a desestructuración y movilidad de parámetros.

A nivel general, fuera de vanguardias y extremos, las personas reconocemos la poesía en aquellos textos u obras donde se expresan sentimientos o experiencias difíciles de expresar por otro medio que no sean la imagen, la metáfora o el símil. Estas expresiones, cualquiera sea el medio en que se desarrollen, tienen la virtud de despertar cierto tipo de emociones en el lector/espectador.

No se puede hablar de emociones a secas porque no se reconoce poesía en aquellas expresiones que suscitan emociones negativas. Podemos decir, de un modo un poco impreciso, que la poesía tiene la virtud de despertar emociones positivas o elevadas. Y esta positividad o elevación dependerá del mundo, del contexto social o cultural (o subcultural) en que se dé tal manifestación, ya que, emociones que en un contexto pueden ser juzgadas como horrorosas, en otro pueden ser estimulantes. Así, una obra draculesca puede despertar en alguna gente sentimientos de repulsión y en otras una fascinación fatal en su carga poética.

De acuerdo a lo anterior podremos decir que un determinado film es “poesía hecha imagen en movimiento” o destacaremos la poesía en una obra pictórica.

También en términos de literatura habremos de encontrar la expresión poética en obras que no responden a la configuración del poema. Sin embargo, por antonomasia, la poesía es propia de la *poemaria*,

En términos literarios el hecho de disponer un texto en estrofas o en líneas completas hacen la diferencia entre poesía y prosa.

Por ejemplo, si uno escribiera:

“Estaba bajo la lluvia, dejando pasar el tiempo, cuando me asaltó la extraña sensación de que ese instante ya lo había vivido... Efectivamente, tantas veces ha llovido y tantas me he mojado. Sin embargo...”

El texto sería reconocido como prosa, pero si fuera escrito del siguiente modo:

*“Estaba bajo la lluvia,
dejando pasar el tiempo,
cuando me asaltó
la extraña sensación
de que ese instante
ya lo había vivido...
Efectivamente,
tantas veces ha llovido
y tantas me he mojado.*

Sin embargo...

Uno diría, inequívocamente, que es poesía.

Al parecer, el único elemento que se conserva en la poesía es el de la disposición en verso, es decir, en frases cortas que no utilizan todo el espacio disponible, como sí lo hace la prosa. Aunque creo que Baudelaire, ese provocador, produjo una obra llamada "Pequeños poemas en prosa". Lo tomo como ejemplo porque a diferencia de muchos "originales" que ensayaron diversas formas sólo para sobresalir entre la chusma, este parece que era bueno de verdad, lo cual parece que derriba, en cierta medida, lo afirmado hasta aquí.

El uso de las imágenes, metáforas, símiles, etc., no parecen ser lo esencial porque se usan tanto en la poesía como en la prosa. Aunque de alguna forma imprecisa las dosis altas de estos recursos utilizadas en las prosas las transforman en prosas poéticas.

Otro lugar donde encontramos la disposición en verso es en la música, aunque en dicho encuadre, curiosamente, no reconocemos poesías sino "letras de canciones", a pesar de cierto "respeto" por el ritmo, la métrica y la rima dependientes, es cierto, de la composición musical que la contienen.

Actualmente se han impuesto distintas variantes del "*Cadáver exquisito*"¹ de los surrealistas, pero ahora en manos, por decirlo de algún modo, de las computadoras, las matemáticas o variantes por el estilo. Esto termina por demostrar, sin quererlo y en última consecuencia, que toda palabra final la tiene la gran dadora de sentido, la conciencia humana, que en *todo* comprende *algo* y que en *nada* comprende *todo*.

Dejando de lado estas breves disquisiciones, que podrían ser motivo de discusión entre especialistas, el caso es que particularmente he recalado, después de un oscuro proceso, en la poesía lírica española, esa que tiene ciertas reglas, que se sujeta a un canon, esa que obedece a cierta ortodoxia.

Con lo anterior no se pretende un "renacimiento" de formas poéticas ya en desuso, ni se tiene una opinión formada respecto a qué es poesía y que no, un poco porque cada época establece sus paradigmas como le place y un poco porque en el fondo me parece un tanto irrelevante si la poesía vive, muere o resucita transformada en murales escritos con trazos de humos de color por *drones* en el cielo.

No puedo responsabilizar por esta elección de formas clásica al propio paisaje de formación, nutrido de toda clase de vanguardias que hoy ya son historia y moneda corriente. Por otra parte, nunca fui un cultor ni un "disfrutador" de la poesía, ni siquiera en el modo melódico de la música, lo cual me ha dado mucho que pensar, aunque sin mayores resultados.

Si bien a lo largo de mi vida estuve tentado por las veleidades de la literatura nunca me orienté hacia la lírica, por lo contrario, mis pocos escritos se orientaron hacia el cuento o la crítica social con pretensiones de acidez humorística plagadas de ironías y sarcasmos. Humor que, muchas veces confundido con la afirmación seria, ha terminado produciendo

1 "Técnica" poética utilizada por los surrealistas André Bretón, Paul Eluard, Robert Desnos, Tristán Tzara y otros secuaces para producir poemas colectivos. La misma consistía en una especie de juego donde, ocultando a la vista los versos ya escritos, cada uno iba agregando alguno de su ocurrencia. Ésto, preferentemente, bajo la influencia de alcohol o estupefacientes en grado sumo. El nombre proviene de una frase que se usó la primera vez que se practicó: *Le cadavre exquis boira le vin nouveau* (El cadáver exquisito beberá el vino nuevo).

el efecto opuesto: que se crea que pienso lo que no pienso y que no se crea que pienso lo que pienso. En fin...

Sin embargo, aquí me encuentro, envuelto en una profusión de poemas y de rimas que brotan en todo momento y por cualquier pretexto. Es hora, me dije, de hacer ciencia de este arte o, cuanto menos, teoría de esta práctica. No es cuestión de hacer las cosas así porque sí.

De modo que me enfoqué en observar cómo es que surgía y se desarrollaba la experiencia poética en mí.

Para comenzar observé que no existía en sí la tal “experiencia poética”, sino cierto automatismo “escritural” en respuesta a una ocurrencia. Estas ocurrencias eran de distinto tipo y operaban de distinto modo según el momento, pero siempre derivaban en la misma producción mínima: un verso adecuadamente estructurado según métrica y acentuación.

Obviamente un único verso no tiene rimas pero, me di cuenta posteriormente, las busca.

He tenido algunas ocurrencias de poemas completos o de una estrofa entera, generalmente al salir del sueño, pero me voy a centrar en lo más habitual, en el átomo del verso porque es muy revelador de cierto método que me resultó muy singular.

Un verso dice algo que pide una continuidad, es el inicio de un discurso o de una narración, no es una frase que termina en sí mismo. Su continuidad es otro verso con la misma métrica y acentuación, por lo general un endecasílabo melódico y, eventualmente, un alejandrino o, raramente, un octosílabo.

Llegado al punto de contar con dos versos ya no sólo se busca la continuidad del “relato”, ahora se imponen las rimas. La dirección de las acciones empieza a dejar de estar en mis manos por entero y se comparten con el canon que va diciendo qué se puede escribir y qué no. Este proceso es muy extraño porque toda la ocupación, toda la atención, se centra en la adecuada escritura según métrica y rima, quedando el tema o la narración un poco de lado.

Al terminar el poema, casi siempre, soy el primer lector de sus significados. Es claro que hay un contexto, una intención, un tema que se quiere expresar y que, algunas veces, aun contando con el verso inicial, se demora semanas en plasmar, olvidándose a veces, recordándose otras, hasta que, al fin, se expresa como poema completo, revelando su “misterio”.

En los últimos tiempos las cuestiones han rondado alrededor de las temáticas de la ascesis y asuntos conexos, pero esto admite muchos matices y variantes existenciales, desde el modo de sentirse hasta el modo de mirar aquello que se presenta o representa.

Es decir, la copresencia mayor está dada por ese encuadre, pero los temas van surgiendo como ocurrencias que no siempre son generosas en claridad.

Volviendo al asunto de la cuestión de la construcción poética o, mejor, de poemas líricos, el punto es que estos “se escriben a sí mismos”. En muchos casos, al revisarlos se encuentra alguna imperfección, dada por el uso de algunas palabras o por repetición inadecuada de rimas, pero generalmente, por cuestiones relativas al número de sílabas o las acentuaciones.

Ha sucedido que al buscar una mejor morfología el poema ha mejorado mucho y, aun, revelado nuevos significados. Es decir, al buscar la forma correcta el significado copresente pareciera hacerse patente de un modo en que no lo era si la forma no fuera la adecuada. Así, se fue dando una relación, un enlace entre significado y forma que ha resultado sustancial a la hora, ahora sí, de la experiencia.

Algunas veces, casi al concluir un soneto, por ejemplo, se observa que no se cuenta con rimas adecuadas, se llega a una especie de callejón sin salida donde es necesario cambiar sustancialmente la forma de las dos últimos tercetos. Esto ha producido, justamente en el momento de la conclusión del poema, un cambio de significados casi absoluto, revelador de una realidad oculta de otro modo.

Me he preguntado porqué esto es así y lo único que he podido comprender es que la poesía, al contrario de la prosa, me ha impedido divagar, asociar y jugar con palabras, me ha impuesto una disciplina, un régimen, en el cual la configuración correcta es exacta y alejada de la “demagogia literaria”, en la cual se escribe lo conveniente y aceptable para el paladar y el gusto de los lectores imaginarios. Lectores que, necesariamente, tienen los sentidos de la época, las copresencias y la estética de la época, los deleites de la época.

Me dije que esta forma tan desagradable de escribir es la que menos concesiones me admitía a los dobleces del momento y que, casi opuestamente, mejor reflejaba las copresencias sintetizadas como Propósito.

Una hipótesis a comprobar es la que dice que al buscar ciertos espacios inusuales uno puede encontrar funcionamientos también inusuales. Es como si la experiencia que uno fue configurando a lo largo de la vida recorriera sólo ciertos circuitos y al producirse una “ruptura” o un corrimiento de los mismos se revelaran senderos insospechados en los cuáles se encuentran “riquezas” inadvertidas. Esto seguramente tiene que ver con la realidad que se ha ido construyendo que, al par de recorrer caminos externos, recorre caminos internos, configura espacios y delimita (o derriba) cercos no sólo en referencia a lo experimentable en el mundo sino en la propia interioridad.

Independientemente de la probabilidad o no de la hipótesis anterior, esta forma de escribir en versos canónicos me ha ayudado a no tributar a los mandatos de lo establecido y, paradójicamente, a “no versear”.

Sintetizando el “método”:

Se presenta un tema o una ocurrencia, ya sea por observaciones vigílicas o por cuestiones traídas del sueño.

Este tema “revolotea” un tiempo hasta que se plasma algún verso.

Este verso “busca” sus rimas hasta que surge una estrofa.

La estrofa “obliga” a la búsqueda de otras que la desarrollen y complementen.

La secuencia de estrofas “exige” un remate donde, generalmente, se expresa la finalidad del poema.

Las imperfecciones, ciertas sensaciones de escozor, de que algo no está bien construido, llevan al perfeccionamiento que cumple con la función de develar los significados a pleno.

Este proceso puede ser tan corto como un minuto o tan largo como unas semanas y tiene algunas características que lo emparentan con la escritura automática.

Es así que desde un “fondo común” van surgiendo los versos, las estrofas, las métricas y las rimas que combinadas entre sí articulan un significado. A pasado muchas veces que este significado es diferente para mí que para otros lectores. Es claro que como norma he adoptado la actitud de no explicar poemas sería, como explicar chistes,

Conclusiones:

¿Se pueden plasmar las traducciones de las experiencias encuadradas en el campo de la ascesis en producciones poéticas? Evidentemente sí, pero no porque sean poéticas sino porque cualquier producción puede ser el vehículo para plasmar dichas traducciones².

Resulta claro que lo expresado en este breve escrito no es una receta en ningún sentido, salvo en el hecho de que es conveniente encontrar las vías de expresión más adecuadas para llevar a la luz ciertas experiencias que, de otro modo, pueden quedar en la oscuridad.

Es bueno recordar que la mayoría, si no todas, las expresiones de la sabiduría se plasmaron en poesía, en cánticos, en himnos, en esculturas, pinturas, construcciones, etc.

Nuestros parques son la plasmación de una gran sabiduría en un conjunto arquitectónico y en el modo de relación consigo mismo y con los demás que termina por inspirar.

Alejandría puede llegar a ser muy profusa en medios y creaciones, en mística, en filosofía, en religión, en artes y en ciencias de la transmutación.

Eduardo Montes. Neuquén, marzo de 2016
emontes.c8@gmail.com

2 “Sé” que las monografías, los relatos de experiencia y las investigaciones de campo son los vehículos más adecuados en relación con la experiencia ascética. Lo sé porque “me lo han contado”, no lo ha hecho el Maestro porque no estaba presente para hacerlo. Esto me ha dado mucho material para la reflexión y el desconcierto. En una suerte de monografía que tengo en pleno desarrollo trato de abordar el tema. La misma tiene el pomposo título de “**Siloísmo. Mýthos y Lógos**”, para el cual, en este sencillo acto, establezco el *copyright*.